

UNA CASA ENTRE ALMENDROS

El primer día, te vi caminando despacio por aquel camino de almendros floridos y confieso que me retrasé aposta para no encontrarme contigo; el segundo día, me quedé un poco parado junto a aquellos pinos que bordeaban el camino y vi cómo salías de aquel túnel mágico de almendros que marzo había creado para nosotros; el tercer día, me dije que tenía que encontrarme contigo pasara lo que pasara e hice, recordando los problemas de física, que nuestras dos posiciones en el espacio se fueran acercando hasta que, como si hubiera sido algo así destinado desde el principio de los tiempos, nos encontramos. Un saludo y luego el silencio mientras subíamos la cuesta que daba cara a los sembrados y al río. Yo te miraba alguna vez furtivamente, con miedo de que tú también me miraras y que nuestras miradas, por un momento se encontraran en ese espacio que mediaba entre los dos que a mí me parecía inmenso. Reconozco que alguna vez comprobé que nuestras miradas se habían encontrado y sentí que un no sé qué llenaba mi corazón. Pero seguí en silencio hasta la carretera y en silencio esperamos el autobús que nos llevaría hasta el colegio y en silencio hicimos el viaje hasta las frías aulas de aquel antiguo caserón de ladrillo rojo.

Todos los días de aquella primavera nos encontramos en aquel lugar en donde nuestros caminos se cruzaban, en donde los almendros habían ido dejando caer los pétalos de sus flores. Una mañana cogí tus manos y otra nos besamos, casi con prisa, como si no quisiéramos perder ese decorado de pequeñas flores de pergamino rosa que tanto se parecían a tu piel. Y cuando las flores dieron paso a los frutos, nosotros ya éramos dos enamorados que se

creían, como todos, que su amor no tenía igual en toda la comarca; y bajábamos hasta el río y atravesábamos valles y nos saltábamos las verjas de las alquerías porque no existen fronteras para los amantes. Y cuando el verano llegó y los trigos granados llenaron las laderas y las amapolas anticiparon la sangre de las hoces, nosotros recorríamos nuestro valle y compartíamos nuestro amor y veíamos cómo el río menguaba su voz tan sólo acompañado por el sonido de los chopos que tú decías que era el sonido de la lluvia. El otoño trajo los racimos maduros goteando su miel con el sol de poniente vistiéndoles de oro y el invierno, su nieve y sus escarchas. Pero todas las mañanas, camino de aquel caserón de ladrillos rojos, nos esperábamos y juntos seguíamos hasta la carretera general. Fue más duro aquel invierno, más oscuro, cada uno en su casa recordando aquellos días luminosos; buscando excusas para vernos los fines de semana, para que nuestros padres no sospecharan que sus niños se querían. Junto a la lumbre que encendía mi madre, esperaba a que llegara el lunes y nos encontráramos de nuevo en el cruce de nuestros caminos y de nuestras vidas.

Cuando llegó la primavera de nuevo y los almendros formaron para nosotros ese túnel mágico, nos dijimos con alegría que ya hacía un año que nos habíamos conocido y, como en una revelación, nos dimos cuenta de que, estos días azules y este sol de la infancia lo eran por obra y gracia de nuestro amor. Éste era el sol de la felicidad, de Dios que nos miraba de frente como decía mi hermana que miraba los domingos. Yo también me di cuenta, pero no te dije nada, de que tu piel era también como el pergamino rosa de las flores

del almendro y, cuando acerqué a ella mi boca, sentí un olor que me recordó al de aquellas flores que ya nos esperarían cada primavera.

De pronto, no sé cómo me dijiste: “Sabes, me gustaría que nos construyéramos una casa aquí para espiar cada final de invierno cómo las flores se van abriendo y que al llegar la primavera viéramos su explosión. Así, juntos, abrazados, veríamos cómo llegaba la primavera a los sotos del río. Quizás, un día, oyéramos ladrar perros en las fincas lejanas, y, por el camino, viéramos dos caminantes que se acercaban. Uno, mayor, con un porte que no podríamos explicar; el otro, joven, con una varita de avellano. Llegarían cansados hasta nuestra casa y, al llegar la hora de la cena, cenarían con nosotros lo que buenamente les pudiéramos dar: algunas hortalizas del huerto y un poco del vino gordo y espeso de nuestro majuelo. Luego, tras la cena, nos contarían viejas leyendas de lejanos países y nos propondrían que, como compensación por nuestra generosidad, les formuláramos un deseo. ¿Sabes lo que yo les pediría? que viviéramos siempre juntos, que ninguno al otro le sobreviviera sino que fuéramos eternos metamorfoseados en estos almendros que hoy florecen. Te callaste y me besaste. Luego, entrelazamos nuestras manos y muy despacio nos llegamos hasta la carretera general hasta que pasó el autobús que nos llevaba hasta aquel viejo caserón de ladrillos rojos.